

Altas Finanzas

procurado no pasar por alto ninguna afirmación hecha por nuestros enemigos. Nuestro empeño, muy justificado por lo demás, es que quedo depurada la verdad de una vez por todas y que quedo deslindados de una vez los campos. Trabajadores como somos en la tarea de orientación del movimiento revolucionario mexicano, es nuestro deber demostrar que obramos de buena fe, que nuestros procedimientos en la lucha han sido siempre honrados y que de nada tenemos que avergonzarnos, ni nadie tiene derecho a señalarlos con el dedo. Nuestro pasado es un libro abierto a todas las miradas, a todas las investigaciones. No hay secretos, no hay rincones donde pudiera esconderse la indignidad. Veintidós años puestos al servicio del oprimido contra el opresor, sirven siquiera para indicar que nuestra vida, ha sido empleada en cosas más útiles para la humanidad que la invención de mentiras. Así, pues, adelante:

(Continuará)

RICARDO FLORES MAGÓN.

LIBRE!

Nuestro querido compañero José Valdez, que se encontraba preso en la cárcel del Condado de Los Angeles en esta ciudad, por haber repelido la agresión de un individuo que allana su morada, quedó al fin libre el 22 de Noviembre actual, después de haber probado que su domicilio fue violado y el agredido por el individuo en cuestión, navaja en mano, y que si Valdez hirió al asaltante de un tiro de revolver, fue en propia defensa suya, de su familia y de su hogar.

Jose esta libre ya; pero quien le desquita el largo tiempo que ha estado privado de su libertad? La Autoridad? No; esta alcahueta del sistema actual se conforma con rebusar por el hocico de algún ebirro un "Estas libre," y es todo. ¿Quién, pues? Nadie; ¡para que es uno tanto de no dejarse agujerar la pelleja por el primer majadero que se meta de bruco a nuestro hogar pretendiendo aporrear a las mujeres de la casa!

En cambio, el asaltante esta libre desde un principio, por mas que la companera de Jose resulto herida de un navajazo.

¡Y todavía hay borregos mas borregos que quieren autoridad!

E. F. M.

GRACIAS

El trabajo que he venido desempeñando por mas de dos meses, ha quebrantado mi salud de tal manera que mis condiciones físicas son verdaderamente delicadas. La piel envolviendo los huesos: eso es lo que me queda.

En vista de mi condicion, el medico me ha aconsejado que descanse unas seis semanas cuando menos, para que pueda ponerme en buenas condiciones, de manera de poder continuar mis trabajos.

Yo no quisiera descansar, porque creo que el deber del que lucha es entregarse por completo a ella hasta rendir el último aliento; pero amigos míos, muy queridos me piden

que descanse, que me medicen y me cuide durante las seis semanas que me aconseja el medico. Así lo hare, y me concretare a escribir uno o dos artículos cada semana para REGENERACION, pues me aconseja el doctor que haga el menor trabajo intelectual posible.

Al saber mis amigos residentes en la ciudad la situación en que me encuentro, se apresuraron a ayudarme, reuniéndose la cantidad de \$13.80 por la que les doy las gracias. Dicha cantidad fue reunida así: "Centro de Estudios Ra-

ricardo Flores Magón

Otro Fracaso de Wilson

Cerca de más y medio hace que algunos gobiernos extranjeros, encabezados por los Estados Unidos, escogieron a Venustiano Carranza para gobernar el pueblo mexicano, y en ese mes y medio no se ha notado que disminuya la actividad revolucionaria. Carranza aseguró que tan pronto como fuera reconocido su gobierno por los gobiernos extranjeros, los jefes de las facciones revolucionarias le rendirían sus espadas. Ciertamente que algunos infelices así lo han hecho; pero esas pequeñas traiciones parece que no han tenido el alcance que de ellas se esperaba, porque los diarios burgueses, y sobre todo "The Times," de esta ciudad, nos relatan a diario la actividad revolucionaria que se hace sentir en muchos Estados de la Republica Mexicana.

Combates en Sonora, combates en Chihuahua, combates en Durango, combates en Sinaloa; Los Mochis, asiento de una de las más poderosas compañías americanas en el Valle del Fuerte, Sinaloa, tomado por los compañeros de la tribu Mayo, y les llamamos compañeros, porque son expropiadores, porque no respetan el derecho de propiedad privada ni esperan a que se los de. Ellos toman de donde hay.

En los Estados de México, Jalisco, Michoacán, San Luis Potosí, Zacatecas, Guerrero, Oaxaca, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, Morelos y otros, hay combates diariamente entre "bandidos" y las fuerzas leales, como se estilaba llamar a las huestes de Venustiano Carranza, según puede verse en los periódicos "El Pueblo" y "El Democrata," de la ciudad de México, "El Dictamen" de Veracruz, y "La Voz de la Revolución," de Mérida, Yucatán. Ocasionalmente se da la noticia de la rendición de tal o cual cabecilla sin importancia, o de partidas pequeñas de revolucionarios que, por razones de táctica, tienen que apartarse sumisión mientras se ven fuera del alcance de sus numerosos y feroces enemigos. En resumen: la revolución continúa a pesar de la inmensa fuerza moral que el reconocimiento le ha dado a Venustiano Carranza, a pesar del grande auxilio que Carranza ha recibido de los Estados U-

nidos para aplastar a Villa, auxilio que ha consistido en dos cosas importantes: la libre entrada de armas y municiones de guerra para las

En uno de los suntuosos chalets del Paseo de la Reforma de la ciudad de México, hay fiesta. Don Torcuato Bolsasgordas, uno de los mejores financieros del país, da un banquete a la flor y nata de la burguesía mexicana. La banca y el comercio, la industria y la agricultura, así como todos los demás ramos de la explotación burguesa, tienen ahí dignos representantes en numerosos señores de vientres voluminosos y rostros moquetados y colorados, de hombres privilegiados que comen buenas viandas y beben excelentes vinos.

La casa deslumbra con los torrentes de luz que salen por sus ventanas, por las cuales también se escapan aromas incitantes que enderezan a ellas las narices de los proletarios que pasan por la calle y a quienes, menos felices, espera un modesto plato de frijoles, algunas meriendas tortillas y un molecete con chile.

El ir y venir, presuroso de los sirvientes, el ruido de la vajilla, el chocar de copas, los coros de risas estrépitosas y los aplausos estruendosos, nos demuestran que hemos llegado a la hora de los brindis.

Siendo, como somos, modestos "pelados," Don Torcuato no recordó nuestros nombres al escribir sus invitaciones; de ahí que, aunque descosos de entrar a aquel recinto de la finanza, no tanto por tener el honor de codearnos con aquellos insignes bandidos de fraque y de chistera, sino por conocer el objeto de la reunión, no nos atrevíamos a arriesgar la integridad de nuestras narices exponiéndolas a que nos las achate de un portazo el altivo portero, si que nos introducimos de rondones.

Pero antes de un frondoso fresno en cuyas ramas que besan los cristales de esa ventana lateral, podemos hallar abrigo y un palco seguro desde el cual poder ver y oír lo que pasa y se dice adentro.

Hemos trepado aquí a la mejor hora. Una vez pasados los entusiasmos de los brindis, en los que los estómagos voluminosos de los comensales demostraron su gratitud al no menos graso Don Torcuato, ha llegado el momento de hablar de negocios.

Don Torcuato, que por su obesidad, su corta estatura, su cuello deformemente grueso y corto, y por sus ojos saltones, tiene la semejanza de un sopo enorme, se pone en pie, teapara a que haya silencio.

Caballeros! comienza con voz gruesa, autoritaria y lenta, una vez que el ruido de las sillas, que son acomodadas para oír y ver mejor al orador, que el cales raspear de toscillas discretas y el retintín de las copas de algunos bebedores rezagados, han cesado. — os he invitado a este banquete para hablaros de asuntos importantes que afectan a la Patria; y, con ella, a nosotros.

Tose, para tener tiempo de observar el efecto de sus primeras palabras; y prosigue:

—Creo inútil, entre nosotros, usar de diplomacia, de palabras vagas que se presten a interpretaciones dudosas. Siendo todos los que aquí tenemos el honor de estar reunidos, miembros de una misma clase, la directora, la que tiene en su poder la fuerza poderosa ante la cual hasta los reyes se doblegan, la del dinero, y a quienes, por lo mismo, nos ligan intereses idénticos, creo más benéfico a nuestros intereses que os hablé líd y llanamente; con brutal franqueza, af así queéis llamarlo.

—Con cinismo, — comenta uno de los invitados que, ya borracho, vuelve a clavar la barba en el paño, dejando que los músculos relajados de su cuello permitan a su cabeza balancearse de uno a otro lado. Los demás burgueses, ya viejos y aguerridos en los

combates con el licor, lo ven con ojos protectores. —Senores, — continúa impasible Don Torcuato Bolsasgordas, — estamos al borde de un precipicio.

El borracho, queriendo impedir caerse en el precipicio de que habla Don Torcuato, hace un movimiento brusco y rueda por el suelo; en el que procura plácidamente acomodarse a dormir. Hay risas y murmullos. Dos lacayos cargan al beodo hasta su automóvil.

Restablecido el orden, sigue hablando Bolsasgordas: —Nos acecha la miseria; nos amenaza la necesidad de trabajar con nuestras manos si queremos vivir; de empunar el pico y la pala, para no perecer de hambre. ¡Imaginamos!

La concurrencia se estremece de horror.

—El destierro, sin dinero, y por lo mismo sin honores ni facilidades, o el tener que trabajar hombre con hombre, codo con codo con el "peladaje", es lo que se nos espera si.....

—¡Me caigo en Cristo! — interrumpe rugiente un impulsivo burgués ibero. — ¡Antes muerto que eso!

—Permitame Don Robustiano Izaguirraraz que le ruegue que guarde calma, — dice gravemente Bolsasgordas, dirigiendo sus miradas al burgués español. — Sin calma, con arrebatos biliosos, nada se hace.

Reflexiona y sigue:

—Vivimos en otros tiempos. Hace apenas cinco años que un arrebatado de cólera nuestro aún era temido Nuestra servidumbre y nuestros obreros bajaban la vista ante nuestro mirar adusto. Ahora, vivimos en otros tiempos. Por desgracia, las teorías disolventes de los "magonistas" y el ejemplo de estos y de los "zapataístas" en la acción, han hallado grandes simpatías y aun numerosos adeptos entre las clases populares; y si queremos triunfar; si nuestros deseos son los naturales de propia conservación, más que de violencia necesitamos usar de argucia.

Nuestras caras adustas ya no encaban bien en el medio ambiente actual. El obrero, despertado por esos malditos anarquistas, aspira ahora a su independencia económica; quiere ser libre; y una resistencia violenta nuestra acabaría de exasperarlo y hacer que la mayoría, que aún confía llegar a la satisfacción de sus aspiraciones por vías legales, con la intervención de un gobierno paternal, que cándidamente se imagina aún que pueda existir para ellos, acabase por tomar las medidas radicales, extremas y seguras que los anarquistas les aconsejan: el aniquilamiento del Clero, del Capital y del Gobierno.

Un silencio sepulcral reina en la asamblea. Los rostros, risueños todavía no hace mucho, están graves. Algunas manos crispadas estujan inconscientemente las carteras por sobre los finos paños de los trajes de etiqueta.

Un ambiente de angustia se siente en el salón. Los antes altivos y orgullosos señores, ahora están ahí, amilanados unos, terriblemente preocupados los otros. Aquellos hombres sufran terriblemente, indeciblemente. Por que no hay mayor suplicio para un rico que verse pobre, sin dinero, sin honores ni distinciones, y lo que es peor, según su modo de pensar, teniendo que "rebajarse" hasta empunar una herramienta para ganarse la vida, y que codearse e igualarse con los "de estables pelados".

La temperatura tibia del salón, parece haberse helado. Gruesas gotas de sudor frío corren por algunas frentes. La mano despiadada de la angustia oprime,

hasta lastimar, las gargantas de muchos de los oyentes.

La voz de Bolsasgordas se eleva entre aquel silencio, trayendo una ráfaga de esperanza a aquellos corazones.

—No todo está perdido, señores, — dice. — En nosotros, en nuestra astucia, está salvarnos. Obreemos con cautela, con diplomacia; y seremos salvados. El censo adusto de ayer convertímonos ahora en sonrisa; nuestro desagrado por las exigencias de los trabajadores disfracémoslo y hagámoslo aparecer como un deseo inmenso de que la causa del "peladaje" triunfe; y en vez de ponernos hoscos y oponernos a su avance, aparentemos que reconocemos la justicia que les asiste y que estamos dispuestos a sacrificarnos por esos inmundos desaharrapados, holgazanes y viciosos que quieren robarnos las fortunas que con tantos sacrificios hemos ganado. Y ellos caerán en la trampa.

Y la caraza de Bolsasgordas refleja maldad, perfidia, odio, doblez y sutilezas de bestia feroz y artera. Toca el timbre eléctrico para que los lacayos entren a servir licor que humedezca las gargantas que la angustia reseco entre sus oyentes que, ávidos, ansiosos de saber cómo salvarse, tienen los cuellos tirantes hacia Don Torcuato, respirando apenas, casi sin atreverse a pestañar.

—Voy a desarrollar mi plan, — prosigue Bolsasgordas, después de secarse el adosamente con rico pañuelo de lino, las cerdas que adornan su geta y que, golosas, se sumergieron primero que los labios en el licor que refresco la garganta del notable bandido.

—Antes os diré que no he dormido en el asunto, — sigue diciéndolo Bolsasgordas. — La semana pasada hice viaje de incógnito a Veracruz y hablé sobre lo mismo con Don Venustiano Carranza, que, por su posición social elevada y como hombre acaudalado, dueño de extensas haciendas e incontables cabezas de ganado, tiene idénticos intereses a los nuestros que defender. Después de algunas conferencias en las que demostré a Don Venustiano la necesidad de obrar conforme a mis planes, quedó dicho caballero de acuerdo; y aun ya ha comenzado a desarrollarlos en la parte legal, que es la que le corresponde, quedando yo encargado de ponerlos de acuerdo en la parte que a nosotros toca.

Después de una pausa, en la que las cerdas del bigote de Bolsasgordas hacen otra visita al sabroso licor, el ventruado Don Torcuato continúa:

—El pueblo exige la tierra y por su posesión está dispuesto a luchar hasta vencer o morir. ¡Demosle la tierra!

El español, Don Robustiano Izaguirraraz, echa tal respingo en su sorpresa, que poco faltó para que voltease la mesa sobre los demás comensales, a la vez que rujé:

—¡Ka-moño y recontramoño! ¡Que no doy ná!

todos los terrenos sin cultivar sean dados al pueblo; pero, como es natural, como el Gobierno es constitucionalista y, por lo tanto, no puede atropellar el derecho de propiedad privada, decreta también que los actuales dueños de la tierra sean reembolsados por el Tesoro Público del valor de dichas tierras: con lo que desde luego hacemos el primer negocio, vendiendo a buen precio las tierras incultivables a las que hasta hoy no hemos podido hallar comprador.

El hermano de los de Boston, Don Robustiano Izaguirraraz, aprueba ahora estrepitosamente las palabras de Don Torcuato, y en el fondo de sus ojos brilla la codicia.

—La tierra pasa a manos de los trabajadores; nosotros recibimos por ella el precio que a nuestros intereses convenga señalar; y entonces se nos presenta un segundo negocio. Los nuevos tierra enientes son unos "pelados". ¿Con qué dinero pueden adquirir aperos, bestias, granos, y cuanto es necesario para cultivar "sus" tierras? ¿Con qué dinero pueden hacer las obras de irrigación necesarias en los terrenos áridos que vendamos, cuando no tienen ni siquiera las cuatro cuartillas que cuesta levantar los inmundos tugurios que les sirven de albergue? Tendrán que recurrir a los que tenemos dinero. Pero, no siendo juicioso que ganamos al frente, que enseñamos la cara, porque eso sería tan como descubrir nuestro juego, obtenemos que el Gobierno funde un Banco Agrícola, del cual, naturalmente, seremos los directores y principales accionistas, ocultando nuestros nombres bajo la razón social del Banco. De esa manera, nosotros seremos quienes presten el dinero a los labriegos para que cultiven "sus" tierras, cuyas tierras, como es de toda ley, quedarán hipotecadas al Banco, a decir a nosotros, y las que el Banco, nosotros, podrá tomar en el futuro como pago de la deuda insatisfecha. De esa manera, vendremos la tierra de vuelta y habremos hecho varios negocios en uno solo: habremos vendido a buen precio las tierras improproductivas que ahora tenemos; abremos ganado los réditos del dinero que hayamos prestado por medio del Banco Agrícola, dinero que sacamos a los imbéciles proletarios puesto que es el que nos pagó el Tesoro Público; habremos obtenido nuestras tierras de vuelta, y, finalmente, al volver esas tierras a nuestro poder por falta de pago, volverán, fijas en esta, volverán ya beneficiadas, con obras de irrigación ya construidas, y aun con las bestias y aperos comprados por los ilusos que creyeron poder conquistar la tierra por los medios legales. En una palabra, después de haber hecho tan buenos negocios, recogeremos nuestras tierras con su valor cinco o seis veces mayor. Así, habremos salvado nuestras vidas; nos habremos salvado del piso y de la pala, y también habremos hecho negocio redondo.

—¿Pero quién nos asegura que esos "pelados" faltará el pago del dinero que les prestemos? — inquirió alguien.

—En nuestras manos está lo graso, — replicó Bolsasgordas. — Nosotros tendremos a nuestra disposición los medios para hacerlo. Como la mayoría de los revolucionarios aún creen imbecilmente en la necesidad del Gobierno, por consiguiente, dejan en pie todas nuestras instituciones, nosotros seguiremos siendo los dueños de los destinos del pueblo. — El Gobierno, por nuestra insinuación, y bajo varios pretextos, aumentará toda clase de contribuciones que, a la vez que aumentarán el Tesoro Público, servirán para hacer más difícil la condición del pueblo. Nosotros, por nuestra parte, teniendo poder sobre el mercado y la Bolsa, pagaremos los nuevos terratenientes los precios bajos que se nos antejo por los artículos que produzcan; y